

Las Hurdes. IV. Notas de un excursionista. 1
("Los Lunes de El Imparcial", Madrid, 8 setiembre 1913).

LAS HURDES

(NOTAS DE UN EXCURSIONISTA)

IV

Las Hurdes Altas, desde Riómalo de Arriba á Las Mestas es, en conjunto, lo menos malo de toda la región hurdana. Las parras que sombrean de un lado á otro la callejuela principal de Riómalo, al despedazar la luz que en ella entra, como que la viste de un abigarrado traje. Al salir del pueblecillo, sus habitantes casi todos habianse congregado á vernos marchar. «¿Qué serán? ¿Los del camino? ¿Ingenieros? ¿Acaso algunos que vuelven de América?»

Junto al río, entre las piedras, la moza que estaba á macerar el lino, se lavaba las ágiles piernas. Y era un espectáculo de paz y de sosiego. Una moza esbelta, firme como un arbolillo silvestre que no conoce la poda. Me acordaba de Rousseau y de sus teorías, tan en boga en un tiempo, sobre el estado de naturaleza.

Un alto en el Ladrillar, á tomar huelgo y agua, esa agua como no la hay otra. Y reunión de comadres y las lamentaciones de rigor. Hasta que un recio mocetón, curtido del sol, que llevaba á un niño en brazos, exclamó que estaba ya harto de oír tanto repetir que era aquella la peor tierra; que esto no era así, ni mucho menos; que él había corrido mundo, habiendo estado en el Canal de Panamá,—en el Brasil, en la Martinica, en Jamaica... y que había visto muchas tierras peores que la que ellos habitaban. «¿Pero esas tierras están habitadas?» le pregunté, y él: «No, señor, porque no las cultivan», me contestó. «Esa es la diferencia—le dije—que allí no se empeñan en habitar y cultivar lo que no lo merece.»

¿Tuve razón? Porque ved por qué esos pobres heroicos hurdanos se apegan á su tierra: porque es «suya». Es suya en propiedad; casi todos son propietarios. Cada cual tiene lo suyo: cuatro olivos, dos cepas de vid, un huertecillo como un pañuelo moquero (y no es que usen de estos últimos). Y prefieren mal vivir, penar, arrastrar una miserable existencia en lo que es suyo, antes que bandearse más á sus anchas teniendo que depender de un amo y pagar una renta. Y luego es suya la tierra porque la han hecho ellos, es su tierra hija, una tierra de cultivo que han arrancado, entre sudores heroicos, á las garras de la madrestra naturaleza. Ellos la han hecho, cada uno la suya, apoyando un olivo, construyendo un bancaí para una cepa, rehaciendo la cerca que destrozó la avenida de aguas ó el jabalí.

3-170



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

No ha faltado filántropo hurdanófilo—todas estas palabras, cuyo primer componente es un nombre étnico y el segundo componente es «filo», ¿no os huelen un poco á sociología?—no ha faltado filántropo hurdanófilo—y son dos filos—que haya propuesto como remedio al que llamaremos problema de las Hurdes, despoblarlas, sacar á sus habitantes y darles modo de vivir en otra parte. Pero si un padre tuviese una hija enferma, enferma de una enfermedad crónica que la sujeta y clava á su lecho de dolor, de donde no se puede moverla, y ese padre hubiese luchado un día y otro, y meses y años por arrancar á su hija de la muerte, y en esta lucha se hubiese extenuado, ¿le diríais que abandonase á su hija, que la dejara morir y salvase su vida? Pues la pobre tierra cultivada de las Hurdes es la hija de dolores, de afanes, de sudores, de angustias sin cuento, de esos heroicos españoles á quienes se llama salvajes. Ellos la han hecho.

Fueron allá, Dios sabe cómo, huyendo acaso de persecuciones de raza—¿quién sabe si hasta de religión!...—fugitivos tal vez, ó bien vagueando, y allí, donde ni el amo ni el fisco les perseguían, empezaron á crearse una tierra. Salen algunos, sí, pero en cuanto hacen unos puñados de pesetas vuelven á comprar. Hace unos años lo más de Las Mestas era de albarcanos—casi todas las Hurdes pertenecieron antaño á la Alberca,—mas hoy han comprado ya los que la habitan sus propias tierras y aun alguno empieza á comprar en terreno de la Alberca.

Del Ladrillar fuimos á hacer noche al Cabezo. Noche en una buena cama, por mi parte, pues mis compañeros durmieron al sereno, en el porche de la iglesia. Yo en una buena cama, en un cuarto amplio, decorado con cuadros hechos con portadas en colores de novelas por entregas, junto á estampas de la Virgen, San Antonio y el Corazón de Jesús. Allí, la portada de «El barquero de Cantillana», por D. Rafael Benítez Caballero, que editó D. Felipe González Rojas; allí, un retrato del marqués de la Habana; allí, el rey Amadeo, yendo, apenas llegó á Madrid, á ver el cadáver de Prim.

En el Cabezo nos ofrecieron si queríamos comprar un loro, y vino un pobre hombre á que le tradujese una carta en inglés que había recibido de la Compañía del Canal de Panamá, en que trabajó. Sin duda el tío Ignacio le había dicho que yo sé las lenguas de todos los reinos. Y esto da tanto prestigio como el saber dibujar un poco.

Entre el Cabezo y Las Mestas, en un repliegue del camino, ciertos restos ó despojos humanos con unos pedazos de periódicos al lado. ¡Y luego dirán que es un país salvaje! Y no es que me escandalice yo mucho de la porquería, no. Hasta he pensado escribir un ensayo sobre la voluptuosidad del pringue. Ensayo lo menos sociológico posible.

Dímes vista á los cipreses de Las Mestas. Pueblucillo encantador á la distancia, que ni



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES



pintado para un pintor. Aquel río limpiísimo, aquel puentecillo, aquellos remansos á la sombra, entre piedras redondeadas de apariencia mórbida, aquellas cuestras por fondo y la corona del cielo. Y dentro ya del pueblecillo, aquella callejuela cubierta de la fronda de las vides. Y todo ello engastado entre frescas y verdes arboledas.

Desde Las Mestas, al famosísimo y ya legendario valle de las Batuecas, donde estuvo el convento carmelitano en un tiempo. El camino de Las Mestas á Batuecas es de lo más frondoso que se puede encontrar. Después de la desolada aridez de las cuestras huracanadas, pobremente vestidas de brezo, helecho y jara, viene aquel camino sombreado por prietas frondas.

Las Batuecas, como obra en gran parte de los frailes que poblaron su soledad, como obra de solitarios contemplativos, ofrece una riquísima variedad de especies arbóreas. Diríase un jardín botánico abandonado. Y en esto me recordaba el valle de Guadalupe—éste mucho más extenso,—obra de aquellos Jerónimos de que nos ha dejado perenne recuerdo el padre Sigüenza. Arcornoques, encinas, robles, tejos, avellanos, cipreses, madroños, olivos... y luego frutales de varias clases. Y allá, por los riscos, la ruina de una ermita junto á un ciprés.

Pero no voy á descubrirlos las Batuecas. Sentíame embargado por esa extraña sensación de la reminiscencia, de ir despertando á la vista de la realidad presente mi viejo recuerdo de la visita que hice á las Batuecas hace dieciséis ó dieciocho años.

Las Batuecas tienen su valor proverbial en

nuestra literatura. Y Legendre me dijo que madame de Genlis escribió una novela, «Les Battuecas», donde un batueca, que vive arcaicamente y en estado de naturaleza rousseauniana en ese feliz valle del corazón de nuestra España, sale á correr mundo y á enterarse de su degeneración. Y Jorge Sand dice que esa novela, que siendo niña le leyeron, influyó en su vida toda.

De las Batuecas salimos á la Alberca. Y luego á nuestra querida Peña de Francia, á tomar aire, sol y paz en aquella cumbre de silencio y de sosiego.

Miguel de Unamuno.

